

V a r i a

NUEVAS APORTACIONES AL PROBLEMA DE LAS ESTELAS EXTREMEÑAS. Hallazgo de dos losas sepulcrales de la Edad del Bronce en Valencia de Alcántara (Cáceres)

Tal vez una de las más interesantes novedades arqueológicas de los últimos años haya sido la aparición de nuevas estelas funerarias extremeñas. La ya famosa de Solana de Cabañas, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, es ya famosa en todo el mundo. Posteriormente a ésta han ido apareciendo, en una zona que circunscribimos al sur y al oeste de la Península Ibérica, otros ejemplares con algunos o todos los signos característicos grabados: espadas, lanzas, espejos, cascos, carros y hasta figuras humanas.

Pericot¹ en 1951 decía: "... nos damos cuenta de la gran importancia que presentan las estelas sepulcrales extremeñas. Y estamos convencidos de que su importancia aumentará con nuevos hallazgos en toda Europa". He aquí, pues, que este trabajo viene a dar cuenta del hallazgo reciente de dos nuevas estelas de la Edad del Bronce, aparecidas en el término de Valencia de Alcántara (Cáceres).

En la ya numerosa bibliografía sobre losas extremeñas² pueden verse los distintos tipos hallados, desde el más sencillo con sólo el escudo, o el es-

¹ L. PERICOT: *Nuevos aspectos del problema de las estelas grabadas extremeñas*, en "Zephyrus" II, 1951, págs. 83-88.

² J. CABRÉ: *Losas sepulcrales del Suroeste de la Península Ibérica pertenecientes a la Edad del Bronce, con bajorrelieves y grabados de armas*, en "Coleccionismo" XI, n.º 125-126, Madrid, 1923.

EOIN MAC WHITE: *Sobre unas losas grabadas en el Suroeste de la Península hispánica y el problema de los escudos del tipo Herzprung*, en "Act. y Mem. de la S. E. A. E. P.", XXII, 1947, pág. 158.

cudo y una lanza, hasta el tipo que sigue siendo príncipe de todas las encontradas hasta ahora, la de Solana de Cabañas. Un tipo que pudiéramos llamar intermedio, por los signos grabados que presenta, es la losa denominada de Brozas³ que ofrece una, para nosotros, curiosa particularidad por lo que la destacamos aquí. Esta losa de Brozas está partida con una fractura longitudinal muy bien hecha. ¿Es fractura original? ¿Fue construida la estela aprovechando dos losas? ¿Se partió posteriormente?

Una de las estelas de Valencia de Alcántara, de cuya aparición damos cuenta aquí, presenta también una fractura tan perfecta que nos hace pensar en que tal vez fuese construida originariamente con dos piezas y la parte que nos resta ofrece un indudable parecido con unos de los fragmentos de la de Brozas.

La zona entre Tajo y Guadiana fue la más densamente habitada por el pueblo que grabó estas losas, al menos eso parece desprenderse por los hallazgos concentrados en esta comarca. ¿Cuál fue este pueblo? Pericot dice⁴: "Es sugestiva la derivación directa griega que Hencken pretende, pero ello no explicaría la aparición de tales estelas en una zona tan bien delimitada. Lo es también la de Pittioni de un grupo ilirio concreto y localizado en esas comarcas".

Otros autores⁵ dicen que la opinión corriente es que las estelas y los escudos redondos han sido particularidad de la primera oleada de celtas, cempsos, cimbrios, ambrones y germanos todavía en la Edad del Bronce. Pero Fernández Oxea y Callejo están de acuerdo en creer que tal vez se trate de una costumbre o modalidad necrolátrica nacida en el Oeste de la Península Ibérica alrededor de la época de las invasiones célticas, sin que sea posible puntualizar si pertenecen a estos últimos o a los que ya habitaban el país a su llegada, población ibero-ligur o estrimnia de la época del Bronce I.

Particularmente creemos que la denominación céltica ha servido con demasiada frecuencia para calificar lo que no se conocía bien. Y si no han

RICHAR PITTIONI, *Der Stein von Solana de Cabañas, Spanien*, en "Mitteilungen der Osterreichischen Gesellschaft für Anthropologie", "Ethnologie und Prähistorie" LXXVIII-LXXIX, 1948-49, Viena, 1949, pág. 140.

HUGH HENCKEN: *Herzprung shields and greek trade*, en "American Journal of Archaeology" LIV, n.º 4, 1950, pág. 295.

MARCELIANO SAYANS: "Artes y pueblos primitivos de la Alta Extremadura". Plascencia, 1957.

ADRIANO VASCO RODRÍGUEZ: *Novos elementos para o estudo da Idade do Bronce. A estela de Meimao*. Porto, 1958.

JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA: *Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce, en Extremadura*, en "Archivo Español de Arqueología" n.º 80, 1950, pág. 293.; *Idem*, *Dos nuevas estelas de escudo redondo*, en "Archivo Español de Arqueología", 1955.

³ JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA: *Dos nuevas estelas...*

⁴ L. PERICOT: *Nuevos aspectos...*

⁵ JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA: op. cit. nota 2; CARLOS CALLEJO: *Un Lustrro de investigación arqueológica en la Alta Extremadura*. Badajoz, 1962.

aparecido estelas en otras zonas habitadas, invadidas o muy transitadas por los celtas, debemos descartar un poco alguna decisiva influencia céltica aquí. Hay que pensar por tanto en una cultura autóctona, de esta comarca, cuya zona central estaba entre el Tajo y Guadiana. Claro que esa cultura debía incorporar alguna influencia invasora, ya que los pueblos adaptan de los invasores lo que creen útil. Por eso escudos tipo Clonbrin y Herzprung llegarían hasta aquí. Tres teorías intentan explicar la llegada del tipo Herzprung a esta región que nos ocupa: Directamente desde Grecia, del centro de Europa y de Irlanda. Pericot⁶ prefiere provisionalmente la primera.

A continuación damos la descripción detallada de las nuevas estelas encontradas en Valencia de Alcántara, así como su localización, medidas, peso, etcétera.

ESTELA VALENCIA DE ALCÁNTARA I

En la finca de Las Mayas, situada en el término municipal de Valencia de Alcántara, es zona rica arqueológicamente considerada. Hay allí un túmulo, enorme, artificial, denominado El Cofre, sólo excavado por "buscadores de tesoros". Hay allí abundantes restos cerámicos. Recorriendo la finca con el guarda iba el dueño, don Ricardo Frago Loustau, cuando encontró una losa con grabados que desconocía. El Sr. Frago nos avisó. Fuimos inmediatamente a la finca y efectivamente allí estaba la losa que identificamos como estela funeraria de la Edad del Bronce. El periódico HOY, de Badajoz publicó la noticia del hallazgo⁷. La estela había estado enterrada y el arado la había marcado con numerosos surcos, pese a los cuales los grabados característicos se aprecian perfectamente. Una vez fotografiada "in situ" ordenamos el traslado a Valencia de Alcántara en espera de su destino definitivo.

La estela se localiza en la citada finca de Las Mayas, muy cerca de una fuente y a los 39° 31' 55" de latitud norte y a los 3° 30' 42" de longitud oeste del Meridiano de Madrid (Ver Hoja núm. del mapa 1:50.000 del I. G. C.). Seguramente la estela ya no se encontraba en su emplazamiento primitivo, sino que posiblemente habría sido trasladada allí no sabemos cuándo ni por quién. Los extremos de la pieza aparecían rotos y pudimos recoger los fragmentos que colocamos adecuadamente.

Las dimensiones de la estela y de sus distintos componentes son como siguen:

Largo total con las piezas rotas colocadas	122 cm.
Ancho mayor	44 "

⁶ L. PERICOT: *Nuevos aspectos...*

⁷ ELÍAS DIÉGUEZ LUENGO: *Interesante hallazgo arqueológico en Valencia de Alcántara*, en HOY de Badajoz, 24-I-1965.

Ancho cara frontal por la fractura pequeña	23 "
Grueso máximo	16 "
Grueso mínimo	11 "
Diámetro del arco mayor del escudo	48 "
Diámetro arco siguiente	36 "
Diámetro arco tercero	24 "
Altura arco mayor	27 "
Altura arco segundo	21'5 "
Altura arco tercero	17 "
Altura arquito pequeño alargado	10 "
Anchura de ese arquito alarg. (abrazadera del escudo)	5'5 "
Largo del espejo o fíbula (?)	19 "
Ancho del espejo o fíbula (?)	7'5 "
Largo del puñal	19 "
Ancho puñal	5'5 "
Altura carro (?)	10 "
Ancho carro (?)	16 "
Largo espada	38 "
Ancho espada	3'5 "
Diámetros orificios grandes	4 "
Ancho de los surcos del grabado (medio)	1 "
Ancho surco espada	2 "
Peso total de la estela	130 kg.

La estela está hecha en pizarra de color verde azulado.

El escudo, claramente grabado, carece de la conocida escotadura en V o en U, que tal vez se encontrase en la parte que falta de la misma. Presenta adornos en forma de grupos de tres clavos.

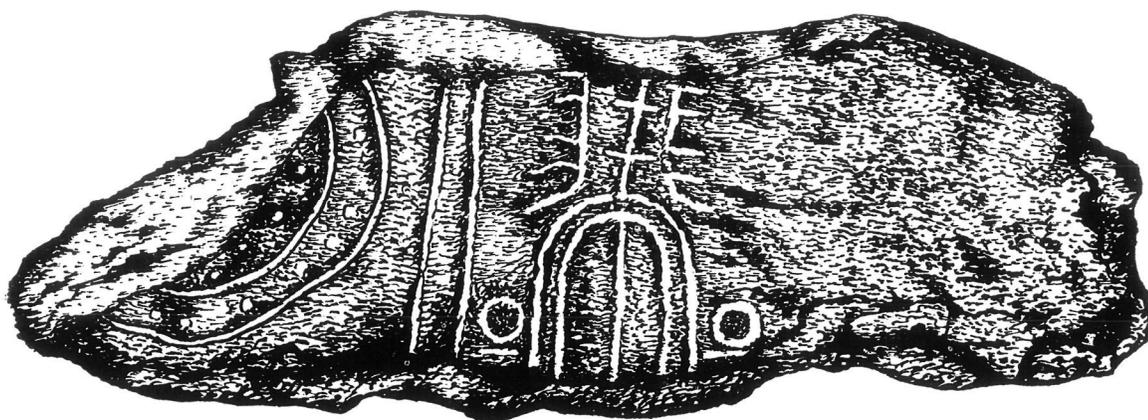
El puñal, a la derecha, presenta un tamaño apropiado en estas representaciones. La figura en forma de cuadrilátero de la derecha pudiera representar el carro, frecuente en estas representaciones, el resto del cual debería de encontrarse en lo que falta de la estela.

La figura alargada de la parte izquierda puede ser la espada, aunque presenta un tamaño desusado en este tipo de representaciones.

La figura de la parte superior de la izquierda puede interpretarse como la representación de una fíbula, aunque con muchas reservas. También podría ser un espejo o quizás una parrilla.

Esto es, por el momento, cuanto podemos decir de esta interesante pieza valentina.





ESTELA VALENCIA DE ALCÁNTARA II (Lám. II)

Después de aparecer en enero de este año la estela funeraria Valencia de Alcántara I, todos los que viven en la finca de Las Mayas, debidamente informados por el autor de este trabajo y dirigidos por el dueño del terreno, don Ricardo Fragoso Loustau, intentaron encontrar la parte que faltaba a dicha estela, y aunque aquella no apareció, los esfuerzos de búsqueda tuvieron su premio. En la tarde del día 11 de abril del corriente año encontraron otra estela. Avisados por el Sr. Fragoso fuimos a la finca inmediatamente comprobando en efecto que acababa de entrar en el estudio arqueológico la estela de la Edad del Bronce Valencia de Alcántara II, de pizarra blanda, de color oscuro y con vetas negras, que en una sola pieza, aunque incompleta, presentaba tres signos característicos de estas losas.

Escudo: Sólo tiene visibles dos arcos, como los de las losas de Solana, Almendralejo, Torrejón I y Figueira, pero al notarse en ésta que estudiamos algunos puntos (clavos) entre el borde de la fractura y el arco interior visible, podemos suponer que tuviese más circunferencias. No se aprecia la escotadura, tal vez por encontrarse en la parte que falta.

Espada: Falta la empuñadura y el ápice.

Carro: Interesante ejemplar del que sólo son apreciables dos ruedas que figuran separadas de los que parecen ser los ejes, con cierto parecido a los de la losa de Torrejón I. Los animales, representados también esquemáticamente, como es típico en estas estelas, tienen la particularidad de tener colocadas sus patas en sentido contrario a los de Solana, Torrejón I y Cabeza de Buey. Por cierto que en la obra de Fernández Oxea⁸ observamos que en la fotografía de la de Solana de Cabañas el animal presenta las patas hacia el interior. Claramente se advierte el lomo del animal, pues la fotografía citada es la mejor que hemos visto de esta losa. Pero inexplicablemente en el dibujo que se da (pág 11) las patas están representadas hacia el exterior. Tal vez sea un simple error del dibujante, que en realidad, a la vista de la fotografía, carece de importancia.

En resumen, esta losa Valencia de Alcántara II creemos que es la única hasta ahora aparecida, en la que los animales están representados hacia afuera del eje longitudinal del carro.

El cuerpo del carro también es distinto de todos los conocidos. Tiene un doble arco, que sólo aparece, incompleto, en Torrejón I y completo, pero sencillo, en Cabeza de Buey. El eje longitudinal tiene semejanza con el de Cabeza de Buey.

⁸ JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA: *op. cit.*

Fue hallada la pieza que estudiamos por el obrero Angel Guillén en la ladera de un gran túmulo, probable castro, denominado por su forma El Cofre, de donde hemos recogido abundante cerámica romana. Este túmulo está formado por un relleno entre tres vértices rocosos. La localización del hallazgo puede verse en la hoja núm. 676 del Instituto Geográfico y Catastral, a los 39° 32' 4" de latitud norte y a los 3° 29' 50" de longitud oeste del meridiano de Madrid. Las medidas de la estela y sus componentes son como siguen:

Longitud total de la pieza	126 cm.
Ancho máximo	48 "
Grueso	19 "
Diámetro arco mayor	39 "
Diámetro arco menor	27 "
Longitud de lo que resta de la espada	30 "
Ancho espada	4 "
Longitud eje del carro	19 "
Altura arco mayor carro	34 "
Altura arco menor carro	18 "
Longitud animales	14 "
Diámetro ruedas	3'4 "

Se trata, como puede observarse, de una nueva e interesante aportación para el esclarecimiento de la Edad del Bronce extremeña tan necesitada de excavaciones y estudios sistemáticos.

De este hallazgo hay que sacar una consecuencia práctica: La divulgación de la forma y material de los restos antiguos hecha por el autor a alguno de los obreros de la finca en cuestión creó un clima de preocupación que ha resultado fructífero, ya que antes de utilizar una piedra encontrada superficialmente, poco más o menos, es examinada, avisando al dueño cuando se observa algo no corriente. Fue así como pudo aparecer la estela funeraria Valencia de Alcántara II.

ELÍAS DIÉGUEZ LUENGO

IBERICO E INDOEUROPEO

La publicación del interesante trabajo de P. PERICAY y J. MALUQUER DE MOTES: *Problemas de la lengua indígena de Cataluña* (en *Problemas de la prehistoria y de la arqueología catalanas, II Symposium de prehistoria peninsular*, Instituto de Arqueología, Universidad de Barcelona, 1963, 101-143) plantea algunos delicados interrogantes, sobre los que, sin intentar, en modo alguno, decir la última palabra, nos permitimos exponer nuestra opinión.

Creen los autores (101) que el material epigráfico es más completo e interesante que el procedente de la onomástica, pero sin embargo, cuando la onomástica toma en cuenta formas antiguas (y en este campo el Sr. Pericay tiene especial autoridad), quizá esta afirmación sea discutible. El material epigráfico en una lengua no descifrada, como es el ibérico, en la que los límites entre el nombre propio y el común son forzosamente imprecisos, es de manejo sumamente delicado, y los resultados hipotéticos no deben utilizarse como absolutamente seguros.

Si no entendemos mal, el argumento de los autores del trabajo que comentamos viene a ser el siguiente: abundando en Cataluña material arqueológico que corresponde a pueblos de lengua indoeuropea, ¿cómo es que el ibérico va a ser no indoeuropeo? Y si concediéramos que el ibérico del sudeste y Levante es no indoeuropeo, ¿no podría considerarse entonces que el ibérico del nordeste, el de Cataluña y la Septimania, es distinto e indoeuropeo?

Los arqueólogos, según resumen nuestros autores (105), descubren diferencias importantes entre la cultura ibérica catalana y la de Levante y el sudeste, y por otro lado en la Primera Edad del Hierro en Cataluña y Bajo Aragón hay una penetración arqueológica indoeuropea que "falta totalmente o sólo presenta débiles indicios" más al sur. Al menos, añadiremos nosotros, hasta ahora. La escritura ibérica ha llegado a Cataluña del sur, en el siglo IV, tal vez en el V. Los autores conceden (104 s.) una atención que merece nuestro aplauso a la cronología, hasta ahora tan oscura en la escritura hispánica. Pero si la escritura vino del sur, ¿ha de haber llegado también de allá la lengua?

Pericay y Maluquer se inclinan a pensar que no, y que, siguiendo las posibilidades abiertas por Michelena para la pátera de Tivissa, cabe entrar en el campo de la lengua ibérica partiendo de la hipótesis de que es indoeuropea. Al menos en lo que se refiere al ibérico de Cataluña y sur de Francia. Estudiando la inscripción del ritón de Ullastret han creído (116) que "no se ve más salida que la de considerar la inscripción como expresiva de la lengua que hablaba la gente indoeuropea y los pueblos posthallstáticos radicados en el ángulo NE. de la Península".

Pero la primera objeción es que si en el ibérico de Ullastret tenemos un dialecto indoeuropeo, este dialecto se extiende a todo el territorio ibérico, ya que, dentro de lo que podemos saber en una lengua no descifrada, las seme-

janzas son numerosas desde Enserune hasta Almería y Obulco. *Iunstir* se repite en Levante, como en el documento de Ullastret, y *egiar* reaparece varias veces en Liria. Si entramos en desinencias o raíces (siempre con las dudas de lo no descifrado), las hallamos de nuevo igual en todo el territorio ibérico.

Por otro lado, una lectura detenida de la interpretación que reseñamos de esta inscripción nos deja, sinceramente, escépticos en cuanto a los resultados. Podemos aceptar la hipótesis de que la Cypsela del periplo de Avieno sea precisamente Ullastret, pero (132 s.) que en [gl]gulnica de la inscripción tengamos su equivalente (pues darían lo mismo *Glanica*, gr. γαυλός y Κυπέλη 'colmena') no añade ninguna seguridad. Que *iunstir* sea (136) como gr. ξευκτήρ 'iunctor', y entonces de algún modo comparable al nombre propio ibérico *Bodilcos* (equivalente a *bubulcus*) es sumamente hipotético, por no decir muy improbable (e imposible de todo punto la comparación con lat. *bubulcus*). En cuanto a descifrar *artingi* a base de celta *art-* 'oso', y con una desinencia de genitivo (128 s.), no sé si es lícito. También las combinaciones de ver en *ausricar* el celta *rica* (126) son sumamente inseguras.

¿Qué queda de esta parte interpretativa? Posiblemente un interesante topónimo, si en *belbitingo* tenemos *Bidinga*, *Bedenga*, *Badenga*, *Bitinga*, que se halla en documentos medievales referentes al cercano pueblo de *Bellcaire* (120 s.). Pero muy poco más.

Es posible que el ibérico sea indoeuropeo, o contenga elementos indoeuropeos. Pero en todo caso, su indoeuropeísmo es problemático, al menos hasta ahora. Los elementos indoeuropeos en la onomástica balear, y ciertas características arqueológicas de la cultura bastetana del sudeste, tal como las definió Gómez-Moreno (*Adam y la Prehistoria* 19), permitirían pensar en una primera penetración de elementos más o menos indoeuropeos, en nuestras costas mediterráneas, por vía marítima, en la edad del bronce. He aquí posibilidades interesantes para la admisión de elementos indoeuropeos en la lengua ibérica, hasta ahora muy escasos y nada seguros, pero siempre posibles de probar, si se da con nuevas claves para la lengua ibérica.

De método arriesgado nos parece establecer en una lengua indescifrada un territorio especial, y lanzarse ya a buscar elementos indoeuropeos en ese territorio porque los arqueólogos descubren indoeuropeos allí. No tenemos derecho a romper la unidad lingüística ibérica mientras no haya pruebas de diferencias que contrarresten las muy numerosas de semejanzas. O hay elementos indoeuropeos en todo el ibérico, o no los hay (aparte de restos "fósiles", como los nombres, especialmente de lugar) en ninguna de sus regiones.

El interesantísimo *M. Iunius laurbeles* de la inscripción de Florejachs (Museo de Guissona) precisamente alegado por nuestros amigos (102) es un estupendo ejemplo de que, al menos en el occidente de Cataluña, tenemos un nombre de ese tipo vasco-ibérico como los que se dan en Levante y el

Sudeste (*Galduriaunin*, por ejemplo). En vascuence sería *Jaunbeltz* (la variante con *r* la tenemos en *jauregi* 'palacio'). Y este mismo tipo llega a Enserune y a Jaén.

Seamos prudentes en nuestras interpretaciones, y reduzcamos a hipótesis lo que es hipótesis. La de separar el ibérico de una región del de las demás no es legítima mientras no se señalen diferencias dialectales. La de traducir las inscripciones ibéricas es, mientras no se aduzcan razones nuevas, arriesgada. No desanimamos a nuestros colegas, pero sí nos permitimos llamar la atención a los estudiosos sobre el carácter de hipótesis no probadas en las soluciones propuestas a los problemas en este estudio que reseñamos.

ANTONIO TOVAR

MEDIO SIGLO DE INVESTIGACION PREHISTORICA EN ESPAÑA
*Comentarios a un discurso**

Los prehistoriadores españoles hemos sido poco amigos de volver la vista hacia atrás para contemplar por un instante el camino recorrido, es decir, de reconsiderar el camino investigado estudiado, para recrearnos en la contemplación de la perspectiva histórica del resultado de nuestros trabajos, de nuestras conquistas, de nuestros triunfos y, también un poco, de nuestros errores y de la pérdida de nuestras ilusiones ante la inoperancia de nuestros esfuerzos en pro de una investigación mejor y más eficiente. Hemos sido poco amigos, decimos, de esta actitud contemplativa, quizás porque nos hemos considerado demasiado jóvenes como para echar cuentas de la labor realizada, en la que el esfuerzo personal nunca estuvo suficientemente recompensado, o quizás también porque nos doliese el volver la vista hacia un camino sembrado de disensiones y discordias personales, de absurdas luchas entre "capillitas" —que no escuelas—, que habían convertido a nuestra Prehistoria en campo predilecto de luchas banderizas, que sólo sirvieron para enconar las relaciones entre nuestros investigadores y para que nuestros compañeros de investigación en el resto de las ciencias humanas nos considerasen como a elementos poco dados a la convivencia social.

Hemos de agradecer a nuestro maestro, Dr. Pericot, a quien el privilegio de los años y el natural pacifismo de su carácter han situado por encima de las luchas aludidas, que haya querido darnos una visión sencilla, sistemática y sin personalismos, de lo que han sido estos cincuenta últimos años de investigación prehistórica en nuestro país. Realmente, no debería de ser necesario añadir nada a lo dicho por el maestro, no obstante creemos que esa hermosa y rosada historia de cincuenta años quedaría algo incompleta si no añadiésemos a ella estos comentarios, que el lector tiene ante sus ojos, que no vienen a rectificar lo dicho, sino a completar como obligado corolario algo que se desprende de la lectura del discurso del Dr. Pericot y que seguramente éste dejó de exponer a sabiendas sin duda de que excedían de los límites de una lección inaugural de curso.

Antes de seguir adelante quiero dejar bien sentado que estos comentarios no contienen censura de ninguna clase para nadie y que nuestra exposición, si alguna vez se aguza con el bisturí de la crítica será con objeto de poner de relieve una serie de problemas que tiene planteada nuestra Prehistoria y que entre todos tenemos que resolver. Si estos comentarios persiguen algún fin es éste el de mejorar la futura investigación de nuestra ciencia y el de tratar por todos los medios de librarla de esa secuela de la picaresca que

* LUIS PERICOT, *Medio siglo de Prehistoria Hispánica*. Discurso inaugural del Año Académico 1964-65. Universidad de Barcelona. Barcelona, 1964.

se ha infiltrado en nuestros medios, que quiere hacernos comulgar con las ruedas de molino de una "pseudo-investigación" elaborada con tijeras, citas extranjeras, calumnias y fariseísmo.

Hoy por hoy, podemos contar con un reducido número de prehistoriadores en nuestro país que mantiene con dignidad un cierto nivel investigador con tono y altura semejantes a los que se pueden encontrar en cualquier país del mundo occidental. Pero desgraciadamente no sabemos si ese nivel podrá sostenerse en los años venideros con la actual política de investigación en los campos de la Arqueología y de la Prehistoria. Tanto una como otra son ciencias tan caras como las experimentales y cada vez necesitan de mayor número de gente especializada. Si continúan las actuales condiciones de acceso a la investigación en nuestra especialidad es posible que dentro de unos años no contemos ni con investigadores, ni con campos de investigación. Aquellos, porque habrán buscado en otras partes unos recursos materiales que en el campo prehistórico no encontraron. Estos, porque serán saqueados por los aficionados domingueros, cuyas actividades parecen ser estimuladas y aun protegidas. Si queremos que ese nivel actual tan duramente alcanzado perdure y no se pierda, como se perdieron y esterilizaron otros esfuerzos llevados a cabo durante esos cincuenta años historiados por Pericot, hemos de partir de nuestras lagunas y de nuestras imperfecciones y plantear sin tapujos, y sin tacañerías, los problemas de nuestra investigación prehistórica en sus dos aspectos fundamentales: campos de investigación y personal especializado. A ellos voy a dedicar estos comentarios con la esperanza de conseguir que nuestros actuales esfuerzos en pro de nuestra ciencia no se pierdan y de encontrar un núcleo eficaz de continuadores que cada día parecen más problemáticos.

UN PROBLEMA INICIAL: EL PALEOLÍTICO INFERIOR.

Nuestra Prehistoria comienza con el estudio e investigación de dos yacimientos importantes, el valle del Manzanares y Torralba, ambos encuadrados dentro del Paleolítico inferior. Fueron investigadores del campo de las Ciencias Naturales quienes se ocuparon del primero (terrazas de S. Isidro), mientras que el segundo se hacía cargo un gran humanista. Desde este momento se inicia una colaboración entre los hombres de uno y otro campo que dio por resultado una labor fecunda, que años más tarde, al comienzo de esa cincuentena narrada por nuestro maestro, dio origen a un organismo que dentro de sus limitados medios realizó una importante labor. Nos referimos a la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, desaparecida desgraciadamente hace algunos años. En ella se agruparon hombres pertenecientes a dos actividades, naturalista y humanista, fundamentales en la investigación de la ciencia prehistórica. En la actualidad es bien conocida de todo el mundo científico cuan amplia y eficaz es la colaboración

de dichas dos actividades científicas en el campo prehistórico. No iban pues desencaminados aquellos hombres que fundaron la citada Comisión, cuya eficacia está bien patente en la serie de memorias y trabajos que durante su corta vida publicó. No sabemos porque causa desapareció la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, lo que si conocemos son las consecuencias que su supresión trajo: la distanciaci3n entre prehistoriadores y naturalistas y por consiguiente la falta de una colaboraci3n eficaz entre ambos sectores, que ahora, a pesar de todos los Institutos y Departamentos, s3lo se consigue a t3tulo personal. Esto ha constituido y constituye un grave problema para el normal desarrollo de la investigaci3n de las primeras etapas de nuestra Prehistoria, puesto que los naturalistas, faltos de un centro de investigaci3n com3n y sin la necesaria y estimulante retribuci3n econ3mica, se han desinteresado de nuestros problemas prehist3ricos, de tal modo que hoy carecemos de ge3logos cuaternaristas que puedan orientarnos en nuestros problemas de investigaci3n y plantearnos otros que al mismo tiempo puedan hacer m3s interesantes y completos nuestros estudios. Tambi3n carecemos de los laboratorios apropiados para investigar todos los problemas que en el orden ecol3gico, geol3gico y cronol3gico plantea la moderna investigaci3n prehist3rica.

Esta situaci3n ha implicado una notable disminuci3n de nuestras posibilidades investigadoras y ha sido la responsable de que una gran parte de nuestra Prehistoria, el Paleol3tico Inferior y Medio, haya dejado de investigarse con seriedad y eficacia desde hace unos treinta a3os. Esta laguna de nuestra investigaci3n es tanto m3s lamentable cuanto que por falta de personal especializado el Valle del Manzanares, uno de los mayores yacimientos del mundo en Paleol3tico Inferior y Medio, no ha sido estudiado y puesto al d3a desde los tiempos de Obermaier y P3rez de Barradas. Por el contrario, estamos asistiendo imp3vidamente a su destrucci3n sistem3tica, con motivo del crecimiento suburbano de Madrid, a pesar de la existencia de un Instituto Arqueol3gico Municipal que falto del necesario personal especializado, no puede vigilar debidamente la expansi3n de la urbe madrile3a sobre las terrazas cuaternarias del Manzanares.

En 1957, a ra3z de la celebraci3n en nuestro pa3s del Congreso de Estudios sobre el Cuaternario, cre3mos que esta situaci3n se solucionar3a y que la antigua colaboraci3n, rota con la desaparici3n de la C. I. P. P., se reanudar3a, pero no fue as3. La falta de inter3s por parte de los dirigentes de la promoci3n de la investigaci3n por los problemas del Paleol3tico en general y la tendencia de nuestros estudiosos a buscar en la Protohistoria sus campos de trabajo, han hecho que haya ca3do en el olvido m3s nefando esta parte de nuestra Prehistoria. De este olvido se ha librado en parte gracias a las recientes investigaciones llevadas a cabo por un equipo de la Universidad de Chicago, dirigido por F. C. Howell, en los yacimientos de Torralba y Ambrona, pertenecientes al Achelense. La importancia de estos trabajos,

que se han puesto de manifiesto mediante una primera memoria, ponen de relieve la estrecha y necesaria colaboración que debe de existir entre todos aquéllos que se ocupen de las etapas culturales del Cuaternario.

Todo intento de investigación española en este campo tendrá necesariamente que contar con la ayuda de especialistas en geología y ecología cuaternaria, que tendremos que formar previamente, pues sin su concurso sería estéril toda nueva investigación en ese orden de cosas. En líneas generales, sin que por ello se nos tache de pesimista, creemos que en nuestra investigación sobre problemas del Paleolítico inferior y medio debemos partir de un nivel cero para tratar de un modo honesto de poner orden en los numerosos datos de la investigación anterior, estudiarlos y ponerlos en lo posible al día y después continuar los trabajos en los nuevos yacimientos o en los ya conocidos, aplicando las técnicas más modernas de excavación y estudio.

LA INVESTIGACIÓN DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR

Si la etapa que acabamos de analizar nos ofrece un panorama tan desconsolador, la que vamos a analizar brevemente nos consuela un tanto y nos fortalece en nuestra fe en una posible, futura y joven investigación. Aunque los estudiosos que trabajan el campo del Paleolítico superior se pueden contar con los dedos de la mano y se carece de gabinetes adecuados, en los que se puedan realizar, dentro de una unidad estructural de investigación, estudios acerca de palinología, paleontología, sedimentología, radio-cronología etc., se ha llevado a cabo durante estos últimos años una importante labor acerca de los problemas históricos que las culturas superopaleolíticas, han ido planteando. Nuestros conocimientos acerca de las etapas iniciales son escasos, superficiales y de poca calidad. Auriñacense y Gravetense se conocen fundamentalmente por hallazgos antiguos y la investigación moderna no ha logrado actualizar los supuestos básicos sobre los que se desenvuelven dichas etapas en nuestra Península y muchas veces nuestras palabras y conceptos han sido traducción exacta de los conceptos franceses para estas culturas, como por ejemplo, el empeñarse en continuar con la denominación de Perigordense, cuando en la misma investigación francesa habían surgido dudas acerca de su validez apelativa y definidora.

Mejor suerte ha tenido el Solutrense, que ha sido investigado con alguna mayor profundidad y extensión, aunque todavía quedan por resolver muchos de los problemas que su expansión cultural y el polimorfismo de sus tipos nos tienen planteados. En una línea semejante se encuentran el Magdalense y el Azilense, cuyo conocimiento ha sido mejorado últimamente con importantes monografías, pero que también está necesitando una revisión de materiales y de estructuras.

Menos suerte ha tenido el llamado Epigravetense de la España Oriental, cuyos yacimientos más importantes han quedado limitados al área sur valenciana, sin que hasta el momento hayamos tenido la oportunidad de encontrarlo bien definido en el Sudeste o en el Nordeste.

Pero si en líneas generales conocemos el desarrollo de las culturas del Paleolítico superior en España, tenemos sin embargo, importantes lagunas en ese conocimiento. Hay regiones enteras de las que no conocemos nada y otras muy poco. Toda Andalucía, menos parte de la zona oriental, y Extremadura, así como las dos Mesetas, han sido objeto de prospecciones superficiales y fragmentarias, o ni siquiera eso. De tal modo que hoy el mapa del Paleolítico superior español sólo puede ofrecer al estudioso la serie de yacimientos cantábricos y unos cuantos en la zona levantina esparcidos entre Cataluña y Almería. Si pensamos que esas tres zonas que hemos señalado, casi carentes de investigación sistemática han proporcionado hallazgos artísticos rupestres, tales como La Pileta, Maltravieso y Los Casares, tendremos en que no podemos envanecernos demasiado de tener un conocimiento demasiado profundo de nuestro Paleolítico superior.

Haría falta que la investigación se multiplicase y que se llevase a cabo por verdaderos equipos de especialistas. El caso de esas cuevas con arte rupestre en el centro de comarcas en las que los hallazgos de industria paleolítica superior no existen nos revela un fallo de nuestra investigación, puesto que debieron de existir yacimientos al aire libre. Lo que hace falta es prospectar el campo y dar con el tipo de "habitat" de unos pueblos que no vivieron en cuevas, ya que éstas sólo ofrecen habitación cuando se trata de macizos calizos. Pero para esta investigación necesitamos gente y dinero, y por el momento, desgraciadamente, no poseemos ni una cosa, ni otra.

LOS TIEMPOS NEOLÍTICOS

Uno de los problemas que han suscitado mayor interés en la investigación arqueológica de estos últimos quince años ha sido el de la expansión, desde el Creciente Fértil de las culturas agrícolas. Este interés parece haber tenido también una cierta repercusión en España y con destino a congresos o *simposia* se hicieron de prisa y corriendo unas sistematizaciones de los materiales conocidos y de algunos nuevos investigados, de acuerdo con las nuevas orientaciones metodológicas. Esas sistematizaciones nos han puesto de relieve cuan escasa es nuestra investigación en este aspecto, ya que sólo conocemos ese Neolítico en un estrecho "hinterland" costero que ocupa el área mediterránea. Más allá de dicha franja lo ignoramos todo, de ahí que unas veces calificuemos a un yacimiento de neolítico, otras veces de neoneolítico y otras no intentemos buscarle filiación y digamos simplemente que se trata de un yacimiento "tardío".

No queremos entrar en la discusión acerca de cual fue el camino por el que llegó el Neolítico a nuestra Península, pero sí queremos hacer hincapié en el hecho de que nuestra investigación se ve siempre sometida un tanto a dar “bandazos” y en el hecho concreto del Neolítico español hemos pasado en estos últimos años de una posición africanista a un europeísmo, que creemos que no está ampliamente justificado. En el término medio mediterráneo es posible que el problema aludido quedase mejor planteado, pero para ello haría falta que previamente nuestros neolitistas —si es que podemos hablar de la existencia de tales especialistas perfectamente diferenciados— se ocupasen previamente de sistematizar de un modo exhaustivo los materiales conocidos y se excavasen nuevos yacimientos, que pudiesen arrojar nueva luz a las investigaciones. En este sentido es ilustrativo el resultado obtenido en las excavaciones de la cueva de la Carigüela (Piñar, Granada), en donde se encuentran elementos suficientes para distinguir tres fases neolíticas, enlazadas culturalmente con el Levante español, mientras que en la región costera la cueva de Nerja (Málaga) nos da un neolítico que se aparta totalmente del levantino “sin apenas raíces y analogías con él”. Estos hechos son más que suficientes para demostrarnos cuan lejos estamos de unos resultados confortadores y aceptables.

LOS PROBLEMAS DEL ARTE PREHISTÓRICO ESPAÑOL

En fiel correspondencia con el estado de la investigación de las dos etapas de la Edad de la Piedra se encuentra el Arte prehistórico. Podemos decir que todavía no hemos superado la etapa de los *años veinte*, época en que se cierra una etapa de investigación. Todavía estamos viviendo de lo que en aquella época se dijo. Decir o pensar otra cosa es engañarnos.

Dentro del arte paleolítico todavía nos encontramos ligados al sistema de Breuil y su escuela. Esto no significa que pensemos que el tal sistema sea reprobable científicamente, significa solamente que nuestra pereza mental y nuestra comodidad investigadora no ha sabido superar un momento de investigación del arte paleolítico, que en gran parte ya no responde a nuestros conocimientos actuales. En esto, como en tantas otras cosas, nos ha dominado la “beatería” por lo extranjero, plegándonos ante la autoridad del maestro foráneo de turno, cuando en ciencia y en investigación científica no se debe reconocer más autoridad que la que se desprende de los hechos investigados.

En cuanto al arte levantino podemos envanecernos de haber logrado un pequeño triunfo de la investigación española con su cambio de posición cronológica. Pero si observamos atentamente la bibliografía veremos que es

problema planteado ya en los *años veinte*, y en realidad ahora no hemos hecho más que recoger los frutos de una posición científica que tenía que madurar a la fuerza.

En cuanto al arte esquemático se encuentra en el mismo estado de investigación en que Breuil lo dejó hace ya más de treinta años. Lo cual no tendría ninguna importancia si durante esos años no se hubiesen ido acumulando nuevos hechos de investigación, que nos invitan a revisar las opiniones aceptadas desde hace tanto tiempo.

Si tenemos en cuenta que en Prehistoria uno de los aspectos que mayor información puede facilitarnos acerca de la vida espiritual es el arte, llegaremos a la conclusión de que nuestra limitada investigación actual en muy poco nos puede completar nuestros conocimientos sobre las diversas etapas de la Edad de la Piedra.

LOS TIEMPOS OSCUROS Y REVUELTOS DE LA EDAD DE LOS METALES

Como acabamos de ver la Edad de la Piedra nos presenta un panorama de desarrollo poco brillante en la investigación, que a duras penas puede compensar alguna de las novedades adquiridas en los esfuerzos de estos últimos años. En la Edad de los Metales nos encontramos con que el panorama cambia, pues nos encontramos en primer lugar con que el número de investigadores es mucho mayor, contando en consecuencia con un mayor número de excavaciones, hallazgos e investigaciones. Este mayor número de investigaciones en esta parte de la Prehistoria española se debe a varios motivos, siendo quizás el más importante, por ser el determinante de la afición, el de que se considera a la Edad de los Metales como de estudio más agradable, fácil y de mayores posibilidades bibliográficas y comparativas, desdeñando hasta cierto punto los "pedruscos" de los primeros tiempos. También, en buena parte, estas aficiones han sido movidas y alimentadas por el reflejo de las escuelas protohistóricas centroeuropeas, en las que directa o indirectamente se han educado muchos de nuestros investigadores.

Sería lógico pensar que esa mayor actividad investigadora en la época de los Metales se hubiese traducido en importantes sistematizaciones y en un mejor conocimiento de sus distintas etapas. Tenemos que contentarnos en registrar un aumento de la bibliografía en lo que respecta a nuevos materiales y a ciertas puntualizaciones de problemas muy concretos. Sería largo señalar todos los fallos en esta edad prehistórica y vamos a apuntar algunos que creemos más fundamentales.

En primer lugar, no se ha sabido encontrar una terminología adecuada, que de un modo sistemático recogiese y encuadrase los distintos hechos y aspectos culturales de los Metales. Cuando se ha propuesto buscar esa terminología o se ha considerado el asunto con plena indiferencia o se ha

contestado con el "mejor es no meneallo". Así, nos encontramos con que se sigue llamando Eneolítico a una etapa que debería ser denominada Bronce inicial, puesto que no existen instrumentos de cobre puro, ni siquiera nativo, sino por el contrario cobre de mucha impureza aleado con partes minoritarias de otros metales, que son los que le dan cierta dureza. Después de ese mal llamado Eneolítico nos encontramos con la Cultura del Argar, que ocupa una extensión mínima dentro de la Península pero que parece definir toda una etapa cultural peninsular, cuando lo lógico hubiera sido denominar a la etapa Bronce medio y en ella incluir al Argar como una provincia cultural. Mejor es que no comentemos los aspectos de lo que podría ser el Bronce final, cuyos problemas ni siquiera han sido planteados de un modo eficaz.

Si del Bronce pasamos al Hierro nos encontramos con un panorama similar, con la diferencia de en esta etapa la investigación se muestra todavía dividida en dos bandos, celtista e iberistas, de los que resulta una investigación panceltista y otra paniberista, a las que hay que añadir una minoría dubitante que entrecomilla a la palabra "íbero". Mientras la investigación se tome como instrumento para demostrar un argumento u opinión trazado "a priori", sus resultados serán nulos y su efectividad negativa.

Sin duda alguna, uno de los problemas que ha sido mejor tratado en estos últimos años es el de las colonizaciones (feno-púnica y griega), así como el de la importancia cultural de los centros andaluces. Pero esta investigación ha fallado en el problema capital y más acuciante: Tartessos. No hay proto-historiador o arqueólogo clásico español, que se precie en algo, que no haya echado su cuarto a espadas en este fascinante problema de la arqueología hispánica. Desde la mesa del despacho y de la mano de unos textos antiguos se ha querido desde hace años localizar Tartessos. La aparición casual del tesoro del Carambolo fue como una llamada del campo, de ese eterno manantial de datos del arqueólogo, a la investigación. Pero nuestros arqueólogos clásicos continúan sordos a la llamada y se entretienen, de espaldas al campo, haciendo arqueología erudita, jugando malabarísticamente con un montón de joyas, cuyo centro productor, situado al parecer en la Baja Andalucía, resulta más incógnito que el mismo Tartessos. Creemos que ya es hora de que se investigue con seriedad y de cara al campo este problema fundamental de nuestra Protohistoria y nos dejemos de analizar piezas y más piezas, cuyo interés nadie pone en duda, encontradas en los desvanes de anticuarios y coleccionistas. Estas palabras no quieren implicar una censura para nadie, son nada más que la reacción natural de quien cree que debemos terminar con esa hipertrofia bibliográfica en torno a Tartessos, *pero sin Tartessos*.

ACERCA DEL PERSONAL ESPECIALIZADO

Dejemos ya el análisis de la situación de nuestros campos arqueológicos y vayamos a otro de nuestros problemas capitales. Pero antes quiero ad-

vertir que en mis palabras no hay descorazonamiento, ni siquiera afán de crítica y de señalar culpables. Lo importante es que este actual estado de cosas pueda corregirse y eso sólo puede conseguirse exponiendo los males para buscar el remedio. Método que no sé si será hipocrático o galénico, pero que considero que es el más lógico para que nuestras disciplinas recobren su salud y pujanza investigadora.

En primer lugar nos encontramos con que nuestro equipo de investigadores es extremadamente escaso. Este hecho viene condicionado por dos antecedentes fundamentales: la parva y escasa retribución económica que reciben nuestros jóvenes al iniciarse en la investigación y el problema del multiempleo, corriente aún en nuestros medios arqueológicos de más alto nivel.

En nuestras universidades es frecuente encontrarse con gente joven a quienes seduce la idea de la excavación y del estudio de materiales arqueológicos. Vienen a nosotros con la sana intención de convertirse en nuestros ayudantes. Pero salvo alguna excepción —en la que se encuentra una buena dosis de ingenuidad y de afición a toda prueba— la mayoría de nuestros alumnos nos abandonan pronto. La razón fundamental de estas deserciones estriba en lo económico. En cualquier profesión a la que da acceso la sección de Historia puede ganarse uno la vida más holgadamente que dentro del campo prehistórico o arqueológico. Nuestros ayudantes, o simplemente iniciados a la investigación, nos abandonan porque no podemos pagarles, como sería de justicia, sus trabajos, esfuerzos y desvelos. Cuando, por excepción, encontramos a un joven estudiante que se decide a seguir nuestro camino, nos hallamos imposibilitados de asegurarle una salida digna, que responda al sacrificio hecho al seguir nuestros estudios.

La realidad es que los puestos de trabajo de tipo arqueológico o prehistórico son más bien escasos en nuestro país. Estos puestos o han sido creados por el Estado o por las Corporaciones provinciales y locales, no existiendo entre unos y otros una lógica y científica compenetración. Además, tanto unos como otros tienen un terrible defecto en su origen: el suponer que con crear una plaza de Director de Museo o de Servicio Arqueológico ya está todo hecho. La llegada de un nuevo director a un museo o a un servicio es una situación desagradable, pues se encuentra con la soledad más espantosa, animada alguna vez por la estoica y picaresca filosofía del portero de turno. No se encontrará con elementos de un cuerpo auxiliar y técnico que le ayude en sus tareas diarias, ni con una buena biblioteca especializada, ni siquiera con una adecuada ayuda económica que le permita desarrollar una labor eficaz y valorar debidamente los objetos arqueológicos que se encontraron o se encontrarán dentro de su demarcación. Nuestros directores o jefes arqueológicos se han de contentar con trabajar —cuando lo hacen— en plena soledad y sin libros. Esto hace que pronto cunda el desánimo entre ellos y si a ello unimos la parvedad de su retribución, fácilmente podremos deducir que al cabo de poco tiempo nuestro arqueólogo se

habrá dedicado a buscarse en otro lugar —Enseñanza Media, laboral, normal, etc.— los emolumentos que necesita para poder vivir decentemente. Con ello llegamos al multiempleo, fatal para toda investigación de tipo arqueológico o prehistórico. Esta triste situación la encontramos no sólo en los principiantes, sino que también entre investigadores que ocupan posiciones directivas de tipo nacional, lo cual es peor, puesto que con su conducta egoísta y poco solidaria taponan el acceso a puestos directivos importantes de gentes capacitadas.

No es de extrañar que ante unas condiciones como las enunciadas nuestro escaso personal especializado se sienta defraudado y no responda a las esperanzas que en él se depositaron cuando a su nombramiento. Tampoco es de extrañar que nuestros jóvenes universitarios prefieran otros caminos en los que el éxito o la remunerada posición económica se obtienen con un menor sacrificio y una mayor tranquilidad.

Esta falta de personal especializado e idóneo ha hecho que gran parte de nuestra estructura arqueológica se encuentre en manos de aficionados provinciales o locales, que sirven a la Arqueología "honoris causa", a quienes no es posible pedir más de lo que buenamente hacen.

Todo ello es causa de que la mayoría de nuestros campos de investigación prehistórica se encuentren abandonados o mal cultivados y que se eche de menos una sana política arqueológica en la que se atienda preferentemente a la formación del personal, al mismo tiempo que se estudian las fórmulas para que sus retribuciones sean justas y remuneren el esfuerzo empleado.

LOS ESFUERZOS DE ESTOS ÚLTIMOS AÑOS

Nuestra revisión del estado actual de la investigación en nuestras ciencias no sería justa si no mencionásemos algunos aspectos que en estos últimos tiempos han servido para que oteemos un posible aire de reforma y de nueva orientación. La creación del Instituto de Conservación y Restauración ha sido un paso interesante en esa renovación, y el trabajo que ya realiza y que le espera a dicho Instituto es abrumador. Todavía existen cajas con restos de excavaciones en los sotános de muchos de nuestros museos, procedentes de trabajos de antes de nuestra guerra. Realizar excavaciones para no estudiar sus resultados y publicarlos debidamente es tanto como destrozar nuestra riqueza arqueológica. Afortunadamente el nuevo Instituto se nos presenta como el instrumento para remediar este mal de nuestros desvanes abarrotados, que parecía ya endémico en nuestra arqueología.

Por otra parte, se han concentrado los medios económicos de que disponen los organismos arqueológicos centrales en unas cuantas excavaciones de "interés nacional", con lo que se ha evitado un tanto la anarquía excavatoria de hace unos años. Además, las memorias arqueológicas se vienen publicando con regularidad en estos últimos años. Todo esto nos habla de

que existe una cierta ansia por una renovación de nuestros medios arqueológicos y prehistóricos.

PLAN DE DESARROLLO ARQUEOLÓGICO

Pero toda esa ansiedad de renovación no se plasmará en una realidad auténtica si no nos decidimos a ayudar eficazmente a nuestros seguidores y alumnos. De nada servirá la Ayuda a la Investigación a la Universidad, las grandes excavaciones de "interés nacional", los nuevos centros arqueológicos que se creen, si no se acude al problema básico: al de la formación de nuevos investigadores y a la creación de nuevos puestos de trabajo bien retribuidos económicamente. Estos dos aspectos los consideramos esenciales y deben de resolverse, en lo posible, conjuntamente.

Sería interesante que nuestro actual Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas contase en cada provincia con un representante nombrado entre titulares especializados. El cargo debería de ser equiparado en categoría con las demás delegaciones que los distintos ministerios tienen en cada una de las provincias. Su misión sería la de controlar eficazmente todos los problemas que la arqueología plantea diariamente (excavaciones clandestinas, cumplimiento de la ley de suelo arqueológico, problemas de recuperación de objetos, etc.), junto con la conservación "in situ" de los monumentos de interés arqueológico, dejados hoy exclusivamente en manos de los arquitectos del patrimonio artístico nacional.

Los Museos Arqueológicos deberían también extenderse a todas las provincias, acabando en cierto modo con esa especie de incontroladas organizaciones provinciales, que las mayorías de las veces sólo sirven de cobijo a estériles y quisquillosos aficionados. Al mismo tiempo tendría que fomentarse la creación de Museos Etnológicos y de Bellas Artes, que hoy creemos fundamentales como complemento, junto con los arqueológicos, de toda enseñanza de tipo medio.

Para preparar a los estudiosos que acudiesen a ocupar estos nuevos puestos de trabajo, las enseñanzas arqueológicas y prehistóricas en nuestra Universidad tendrían que ser ampliamente modificadas y apoyadas. La Prehistoria y su auxiliar, la Arqueología prehistórica, son ciencias de observación y en la que intervienen el campo, que proporciona la materia a investigarla, y el laboratorio, que la prepara y hace apta para su estudio, todo ello dentro del cuadro teórico aceptado por la actual investigación. En consecuencia, hay que tender a una enseñanza no sólo teórica, sino de carácter eminentemente práctico. Habría que dotar a nuestras cátedras de Arqueología y Prehistoria de los elementos adecuados para realizar esta labor, que hoy ha podido iniciarse ya gracias a la Ayuda a la Investigación en la Universidad.

COLOFÓN

Cualquier lector avisado que compare estos comentarios con el discurso de mi maestro, se dará cuenta de que en ambos, pero con lenguaje distinto, se comentan los mismos problemas. El enfoque de éstos es quizás también distinto, pero ambos llegamos a los mismos resultados. La insuficiencia de la investigación prehistórica en nuestro país y la escasez de medios con que cuenta. Y esto es lo que hay que remediar.

Los estudios prehistóricos nos han proporcionado una ampliación y una profundidad temporal del pasado humano insospechada. Estamos asistiendo, sin darnos cuenta, a un cambio en la concepción de la Historia y a una nueva ordenación del mundo. La Prehistoria tiene buena parte en estas nuevas orientaciones. Sería conveniente que los esfuerzos de nuestros investigadores actuales no quedasen estériles, ni se marchitasen por falta de medios adecuados. Por eso unimos nuestros votos al del maestro Pericot: "que mis discípulos a quienes conozco y quiero y los discípulos de mis discípulos a quienes ya no conoceré, cuenten con los medios de investigación suficientes, conozcan una Universidad científicamente progresiva, ágil y con planes amplios y abiertos" en la que la Prehistoria ocupe un lugar destacado dentro del conjunto de las Ciencias Humanas.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

REUNIONES CIENTIFICAS

IX CONGRESO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

Se reunirá nuestra magna asamblea nacional del 17 al 21 de octubre del presente año en Valladolid, con excursiones por las provincia de Palencia, Burgos y Santander, en donde se realizará la sesión de clausura. El programa previsto es el siguiente:

Día 17: Reuniones de las Comisiones en la Universidad de Valladolid. Misa del Espíritu Santo. Solemne sesión de apertura en el Aula Magna de la Universidad. Visita a la exposición arqueológica. Excursión a las excavaciones de Simancas. Primera sesión de trabajo.

Día 18: Sesiones de trabajo y excursión al poblado céltico de El Soto de Medinilla.

Día 19: Excursión a Clunia, monasterio de Silos y Lerma.

Día 20: Excursión a Dueñas, San Juan de Baños, excavaciones en Palencia. Sesión de trabajo en esta ciudad.

Día 21: Santander: sesión de trabajo, conclusiones y clausura.

En Santander tendrán lugar sesiones especiales sobre problemas del Arte Rupestre.

Las inscripciones deben de hacerse en la Secretaría General, Facultad de Filosofía y Letras, Zaragoza, o en el Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid.

VII CONGRESO INTERNACIONAL DE CIENCIAS PREHISTÓRICAS Y PROTOHISTÓRICAS

Tendrá lugar esta importante reunión en Praga, durante los días 24 al 30 de agosto de 1966. Se preven excursiones para antes y después del Congreso por los más importantes yacimientos arqueológicos checoslovacos. El programa definitivo será elaborado más adelante. La información necesaria se puede obtener escribiendo a:

Archeologický ústav ČSAV
Letenská 4, Praha I, Tchécoslovaquie

Bibliografía

ANDRE LEROI-GOURHAN: *Les Religions de la Préhistoire*, en col. "Mythes et Religions", Presses Universitaires de France. París, 1964. 156 págs. y 16 figs.

Antes de pasar a exponer nuestras impresiones sobre este libro, queremos dejar bien sentado que nos encontramos ante una obra de capital importancia, con cuyas ideas y conceptos podremos estar en acuerdo o en desacuerdo, sin que por ello dejemos de reconocer que nos encontramos ante una obra sincera, meditada, crítica y profundamente renovadora. En ella el Prof. Leroi-Gourhan ha revistado cuidadosamente todo el material que se ha venido considerando como religioso dentro del campo prehistórico. Después de una implacable crítica ha quedado en pie bien poca cosa de lo que hasta el momento se tenía como religión prehistórica. El A. se ha sentido dominado por el espíritu cartesiano y desde las honduras estratigráficas de Arcy-sur-Cure, uno de los yacimientos mejor excavado de estos últimos tiempos, nos ha escrito una especie de "Discours de la méthode" de la religión prehistórica para despertarnos de los "sueños dogmáticos" a que nos tenían sometidos los investigadores etnocomparatistas, los cuales, según Leroi-Gourhan, parten de un falso supuesto, de que el primitivo actual y el hombre prehistórico presentan niveles culturales semejantes o análogos, lo cual es falso en principio y no obstante se ha venido empleando tal semejanza para establecer comparaciones culturales de toda clase. Poner de relieve la falsedad de esa ecuación y poner las cosas en su punto, es decir, despojándolas de su jerga artificial "compuesta de palabras australianas, esquimales o bantúes pronunciadas a la europea" es ya de por sí una tarea encomiable y en ese sentido hemos de agradecer a Leroi-Gourhan que nos haya librado de tal lenguaje libresco que nos daba una imagen deformada del hombre prehistórico.

El A. utiliza el término "religión" en un sentido restringido y entiende por tal "las manifestaciones de preocupaciones que parecen sobrepasar el orden material", por lo que piensa que no se puede hacer en Prehistoria una distinción entre magia y religión, ya que lo escaso y fragmentario de los hallazgos no permite separar los dos campos.

Se establece rigurosamente que antes del *homo sapiens* existen pocos hechos, de los considerados como religiosos, que resistan la menor crítica y solamente a partir del hombre de Neandertal, en sus etapas finales, empezamos a encontrar hechos que nos permiten saber que proceden de un ser humano que pensaba en algo más que en comer y beber, que almacenaba bolas, que recogía fósiles y ocre, que ocultaba una parte del muerto y se comía, quizás, la otra. Poca cosa para poder trazar el esquema de una religión, como apunta el A.

Para encontrar los elementos de una religión definida y organizada hay que llegar al advenimiento del *homo sapiens*, que con una mentalidad muy cercana a la nuestra, crea todo un sistema de expresión gráfica, el arte, que como dice muy bien el A., va en los primeros momentos íntimamente ligado a la religión. Este arte religioso del Paleolítico superior es dividido por el autor en cinco períodos, el primero de los cuales es denominado *prefigurativo* y corresponde a fines del Musteriense y comienzos del Paleolítico superior. A este sigue el *Período primitivo* (estilos I y II), *arcaico* (estilo III), *clásico* (estilo IV antiguo) y *tardío* (estilo IV reciente). No podemos entrar en la exposición detallada de cada uno de estos períodos. En líneas generales este sistema del Prof. Leroi-Gourhan muestra cierta conformidad y concordancia con el que nosotros preconizamos y exponemos en estas mismas páginas (vid. *supra* pág. 5 y ss.). Con lo que ya no estamos tan de acuerdo es con la interpretación y significado que da el A. al arte paleolítico.

Piensa el A. que los "santuarios" paleolíticos han sido ordenados y establecidos con arreglo a una especie de plan, según el cual los animales serían distribuidos en determinadas partes de la cueva, de acuerdo con unas normas de agrupación inspiradas en la existencia de signos machos y signos hembras, de acuerdo con las cuales se identificarían determinados animales con el principio macho y otros con el principio hembra. El principal tema del arte paleolítico es la pareja bisonte-caballo yuxtapuesta a un tema macho-hembra. Según el A. "varias razones permiten suponer que existe una relación bisonte-hembra y caballo-hombre, relación que es de orden topográfico y estadístico". Todavía existe un "tercer animal", que aparece en posición marginal respecto del par central, el cual es distinto según la región. Se analizan también, desde el mismo punto de vista de la distribución sexual los elementos ideomorfos, así como las obras del arte mueble, que se agrupan en dos grandes series, masculina y femenina, con una señalada tendencia a encontrarse sobre y en las proximidades del animal correspondiente.

Esta concepción religioso-sexual del arte paleolítico, que ya había sido expuesta por el A. en anteriores trabajos, presenta a nuestro modo de ver varios defectos. En primer lugar, aun aceptando que todo arte primitivo en sus orígenes tenga un carácter y sentido netamente religioso, está por demostrar que *todo* el arte paleolítico sea religioso. Es este un problema que no habrá escapado sin duda a la agudeza crítica del Prof. Leroi-Gourhan.

En segundo lugar, no podemos aceptar el inmovilismo que supone la tesis del A. para el arte paleolítico, ya que tal concepción condenaría a permanecer invariable durante milenios el pensamiento artístico religioso paleolítico, cuando la realidad —la contemplación del arte rupestre y mueble— nos pone de manifiesto que a través de las distintas etapas hay cambios fundamentales en la expresión y exposición de los temas y motivos artísticos, lo cual debe implicar, a nuestro entender, un cambio también en la religión, si es que admitimos la estrecha dependencia entre la una y el otro.

En tercer lugar, consideramos peligroso la aplicación del método estadístico a la comprensión del fenómeno artístico-religioso, que son sin duda los aspectos humanos en que suele reinar el subjetivismo más exacerbado. Téngase en cuenta que el par bisonte-caballo es precisamente el par animal más abundante entre los restos óseos de los yacimientos. La introducción del "tercer animal" nos hace pensar en una especie de "ménage à trois" prehistórico, cuyo sentido final no llegamos a comprender.

Estas y otras observaciones, que podríamos hacer, no suponen nuestra disconformidad total con las tesis de Leroi-Gourhan, en la cual creemos que existen numerosos elementos aprovechables. La misma visión sexual del mundo artístico-religioso paleolítico podría ser aceptada, a condición de que no fuera total, o única y dominante sobre todos los pueblos y tiempos paleolíticos del Occidente europeo.

Por nuestra parte creemos que en la actualidad el arte paleolítico no puede tratarse como un todo único y cerrado, sino que por el contrario es un proceso que, aunque continuado, ofrece sus máximos y mínimos de actividad y en cada etapa cultural ofrece y expresa lo que aquella etapa quiso y podía expresar. Con ello queremos significar que hay que estudiar el arte solutrense o el auriñacense, integrados dentro de la cultura solutrense o auriñacense, pues si seguimos el método usado por nuestros maestros caeremos en sus mismos defectos y en especial en el de considerar al arte paleolítico como el producto de un desarrollo único y esto en el actual estado de nuestros conocimientos sobre el Paleolítico superior sabemos que no es verdad y que es insostenible. La conquista continuada de nuevos y mejores medios de expresión permitió al artista paleolítico plantear y resolver nuevos problemas artísticos, gran parte de estos problemas estaban implicados en las concepciones religiosas, que con sus posibles cambios incitaron al artista a buscar nuevos modos de expresión e incluso cambiar los temas o los soportes de los temas, buena prueba de esto la tenemos en la gran diferencia que existe entre el arte mueble gravetense, dominado por las figuras femeninas esculpidas, y el arte mueble magdalenense, en el que las figuras animales son representadas como adornos de objetos, bien en grabado, o en relieve, o en escultura. Estas diferencias en la exposición y predominio de los temas debe suponerse en relación con cambios culturales y sobre todo con cambios en la ideología de los paleolíticos. De ahí, que pensemos y propugnemos una investigación más histórica, es decir, más enlazada con el resto de los problemas que nos tiene planteados el estudio del hombre prehistórico. Si, como el Prof. Leroi-Gourhan nos ha hecho ver a través de su interesante libro, carecemos de datos suficientes para poder llegar a simples esquemas ¿por qué empeñarse en encerrarnos dentro de hipótesis o teorías que limitan y dirigen en un determinado sentido a la investigación? Pensar, como hicieron la mayoría de nuestros maestros, que el arte es un producto utilitario era una posición un tanto materialista y dentro de las normas evolucionistas, tan en boga en estos últimos años. Pensar que el arte prehistórico discurre, como quiere el A., por los caminos de la diferenciación sexual, es una hipótesis excesivamente racionalista. Pero el hombre no es sólo utilitario y razonador, sino también volitivo y sentimental, aspectos que tienen poco de común con las estadísticas y con los tantos por cientos y para nosotros la Prehistoria es una ciencia humana, pero de hombres concretos, de carne y hueso, no de abstracciones o entelequias y precisamente porque pensamos así tememos que el Prof. Leroi-Gourhan se sienta demasiado atraído por las formulaciones matemático-prehistóricas.

Dejando aparte nuestras objeciones, creemos, como hemos dicho al principio, que el libro que comentamos ofrece un gran interés y nos gustaría que tuviese amplia

difusión entre los estudiosos españoles de estos temas y entre nuestros estudiantes, pues consideramos que su lectura sería beneficiosa especialmente en lo que se refiere a la formidable crítica de los materiales que nos han sido corrientemente mostrados como integrantes del mundo religioso paleolítico.

F. JORDÁ CERDÁ

MANUEL FARINHA DOS SANTOS: *Vestígios de Pinturas Rupestres descobertos na Gruta do Escoural*. "O Arqueólogo Português", Nova Série T. V. Lisboa, 1964.

Esta interesante memoria nos presenta el problema de la expansión del arte paleolítico superior en la zona occidental de la Península Ibérica. Realmente no existe razón alguna para que el arte parietal cuaternario no haya llegado a aquellas tierras, sobre todo si tenemos en cuenta que la Cueva de Maltravieso (Cáceres), con interesantes representaciones de manos y de ideomorfos, nos señala perfectamente la posible ruta de penetración de las culturas paleolítica en el país vecino. Recientemente se ha señalado la presencia de Solutrense, incluíble en nuestra facies ibérica (vid. ZEPHYRVS XIV, pág. 80), así como restos de elementos gravetenses además de los magdalenenses señalados ya desde hace años. Cabía pues dentro de estos aspectos culturales que el descubrimiento de pinturas rupestres fuese una realidad. Si las muestras rupestres del Escoural no son precisamente de una extraordinaria calidad, son sin embargo, lo suficientemente explícitas para demostrarnos que el llamado arte francocantábrico se extendió por toda la Península y se halla ligado a la expansión de las etapas culturales superopaleolíticas. El A. trata de buscar paralelos en cuevas francesas (Ebbou, Labattut), lo cual nos parece aceptable, aun cuando creemos que esos paralelos pueden señalarse mejor dentro de nuestra Península. Quizás en la región Sur, en la cueva de la Pileta (Málaga) es posible señalar paralelos para los équidos y bóvidos del Escoural. Pero esto es tarea que rebasa el objeto de esta simple nota bibliográfica, que no tiene otro objeto que comentar y popularizar un hallazgo de gran importancia, que unido a otros también recientes de restos culturales y materiales, han venido a poner de relieve el enorme interés que el estudio del Paleolítico Superior portugués ha adquirido en estos últimos años, gracias a los donados esfuerzos de nuestros colegas lusitanos.

F. JORDÁ CERDÁ

FRANCESCO ZORZI: *Pitture parietali e oggetti d'arte mobiliare del Paleolitico scoperti nella grotta Paglicci presso Rignano Garganico*. Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, Atti della VII riunione scientifica. Firenze 1963, págs. 114-126.

Quiero felicitar al amigo y colega Dr. F. Zorzi por el hallazgo sensacional que ha llevado a cabo. Ya, desde hace algunos años, nos era conocida la dispersión del arte rupestre paleolítico a través de la Península Itálica. Romanelli, Levanzo, Addaura, Polesini, son nombres incorporados al acervo artístico paleolítico, pero en ninguno

de ellos se encontraron restos de pintura parietal con la magnificencia y claridad con que se nos ofrecen en la cueva Paglicci, a los que hay que añadir la presencia en su entrada de un importante yacimiento arqueológico, que nos ha proporcionado no sólo instrumentos, sino que también obras de arte mueble, de un gran valor documental y estratigráfico. Todo ello se encuentra ahora en estudio y esperamos que en breve podamos estudiar los hallazgos mencionados en una enjundiosa monografía.

La cueva Paglicci contiene una serie de representaciones de manos en positivo y en negativo, con mayoría de las primeras, así como dos figuras de caballo y restos del lomo de otro, pintados en ocre rojo. Uno de ellos, dispuesto cabeza arriba y con las patas en dirección horizontal, representa una hermosa y robusta yegua, de vientre pronunciado, pintada con una técnica muy interesante. El trazo del contorno es de ancho variable, acentuado voluntariamente en alguna de sus partes, por ejemplo, en la zona de la mandíbula posterior. Toda la parte inferior del cuello, el lomo y parte superior del cuarto trasero han sido pintadas en rojo, dejando libre de color la parte interna de la cabeza y el cuello alto, así como también el pecho, el vientre y la parte de muslo que linda con éste, las patas fueron trazadas en su arranque pero no terminadas. El A. señala que con luz rasante ha sido posible observar en esta figura restos de un grabado muy fino en el hocico y en las patas delanteras.

A estas representaciones que describimos hemos de añadir el yacimiento que a la puerta de la cueva Paglicci se encuentra perteneciente al Paleolítico superior, que queda adscrito en sus niveles superiores a una posible facies epigravetense (estratos I-IV), mientras que el bloque de estratos inferiores (V-X) son claramente gravetenses, secuencia cultural que nos pone de relieve la importancia de la evolución y desarrollo del Gravetense en Italia, que como se sabe carece de Solutrense y Magdalense, hasta el momento actual. Esta industria gravetense, según Zorzi se adscribe mejor a "una facies classica e relativamente antica che ad una finales (od epigravettiana)" perfectamente comparable con el "complejo Perigordense superior francés". Esta industria, en opinión de Radmilli, pertenece a "una industria più antica del Romagnoliano". Nos encontramos, pues, con un yacimiento clave para el estudio de la dispersión y penetración de las industrias de hojas de borde rebajado en Italia. Pero el interés de estos niveles arqueológicos se acrecienta con la presencia en uno de ellos, en el VIII, de un hueso de caballo y de un canto rodado con grabados. Sobre todo el hueso presenta figuras de cérvidos, toros y caballos, grabados finamente y con un arte de gran calidad, a los que se acompañan representaciones lineales, algunas de ellas en forma de flecha o lanza. La figura de uno de los caballos está tratada con la técnica del claroscuro o grabado estriado, con la que se dibujan detalles del animal y se trata de reproducir su pelaje.

El A. señala acertadamente que todo el arte de Paglicci se encuentra más cerca del arte hispanofrancés que del de la llamada provincia mediterránea. Por mi parte creo que nos encontramos ante obras de arte ligadas al ciclo Gravetense. Las representaciones de manos no han de ser atribuidas necesariamente al Auriñacense, como se viene admitiendo desde Breuil, pues ya en Altamira observamos una mano de color violado, en el Gran Salón, que puede ser muy bien de edad magdalense. Con los caballos nos encontramos ante una técnica pictórica en sus comienzos, que tiene en España su máxima expansión durante el Solutrense, cuyo antecedente en Francia podría ser el friso del caballo y de las manos de Pech Merle, que hace unos años pensé si podría ser atribuido al Solutrense, lo cual es viable. Por otra parte, las piezas grabadas, también parecen encontrarse en relación con técnicas que alcanzan su máximo desarrollo durante el Solutrense (técnica del grabado estriado).

Por todo ello creemos que la cueva Paglicci es un yacimiento clave para estudiar o replantear algunos de los problemas que sobre técnicas y cronología tiene planteado el arte paleolítico eurooccidental.

F. JORDÁ CERDÁ

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ: *Une peinture de type paléolithique sur le litoral méditerranéen de Tarragone (Espagne)*, en "Rivista di Scienze Preistoriche" XIX, 1-4, 1964, 6 págs. y 3 figs.

Consideramos al hallazgo que motiva esta nota como extraordinario. En el Montsiá, al sur de la provincia de Tarragona, en la margen derecha del Ebro, se ha encontrado una cueva, la de la Moleta de Cartagena, en cuyo interior se ofreció a la vista del investigador unos restos de pintura negra, que representan la figura de un bóvido y otra de difícil interpretación. El bóvido es atribuido por el A. al ciclo auriñaco-perigordense del sistema de Breuil.

Sin ánimo de polemizar creemos que el hallazgo plantea importantes problemas. En primer lugar, su relación con el resto del arte paleolítico, que tendrá que establecerse, bien a través del Sistema Ibérico (Casares, La Hoz, Atapuerca), bien a través del Parpalló. En el primer caso, nos encontraríamos excesivamente alejados de la "provincia mediterránea" preconizada por Graziosi y en la que el A. parece querer situar el hallazgo. En el segundo caso tendríamos que probar que el Parpalló y el arte de sus plaquetas pertenece a la llamada "provincia mediterránea", ya que todos estamos de acuerdo en que los niveles culturales del Parpalló reflejan muy completamente la secuencia superopaleolítica francesa y cuando no la siguen a pie juntillas, como en el caso del Solutrense, no ofrece grandes parentescos con el mundo lítico mediterráneo, o italo-mediterráneo, que como se sabe carece de Solutrense y de Magdalenense.

El segundo problema es el de si efectivamente los trazos existentes a la derecha del bóvido representan una figura humana. Tomando como base de juicio las dos reproducciones que da el A., nos inclinamos a creer que no existe tal figura humana, es más creemos que se trata de una posible cabeza de elefante, ya que el trazo que puede suponerse línea del suelo en la que se "apoya" el bóvido debe de ponerse en relación con el resto del dibujo, dando así el contorno de la cabeza de un proboscídeo. Es posible que parte de la figura haya desaparecido bajo la concreción estalagmática. Habría que intentar su limpieza y ver si aparecen nuevos restos pictóricos. En todo caso, para poder pronunciarse definitivamente sobre la tal figura humana tendremos que contemplarla al natural.

El tercer problema es de orden cronológico. Si se acepta la posibilidad de que junto al bóvido se pintó un elefante, tendríamos que suponer a ambas figuras como solutrenses o magdalenenses. Si no se acepta, podrían ser auriñaco-gravetenses y entonces nos encontramos con un hecho original y anómalo, puesto que la pretendida figura humana ofrecería unas características ni propias, ni típicas de ese ciclo, puesto que la forma de su estilización no responde a lo que conocemos acerca de las representaciones humanas de estilo auriñaco-perigordense.

Es asunto sobre el que habrá que volver de nuevo y mientras tanto felicitemos al A. por tan notable descubrimiento y lamentemos solamente que no haya encontrado una revista española en cuyas páginas se dieran a conocer pinturas tan interesantes.

F. JORDÁ CERDÁ

MANUEL PELLICER: *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela de Piñar (Granada)*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre y del Instituto Español de Prehistoria (C. S. de I. C.). N.º XV, Madrid, 1964, 72 págs., 2 gráficos extensibles y XIII láms.

En los estudios sobre el Neolítico hispánico son dignos de destacar los que en estos últimos años viene realizando M. Pellicer, el autor de la monografía que comentamos, con un continuado esfuerzo digno de los mayores elogios. Sus trabajos en la zona andaluza oriental nos están ampliando y renovando visión de los problemas que la introducción de las culturas agrícolas planteó en nuestra Península. Entre los muchos yacimientos explorados y excavados por Pellicer la Carigüela es sin duda uno de los más interesantes, puesto que nos ofrece la sucesión cultural más amplia temporalmente de todo el Sudeste, ya que abarca desde el Musteriense hasta el Bronce II. Desgraciadamente, sobre los niveles paleolíticos no poseemos ninguna información con amplio valor científico y no creemos que su excavador, Spahni, se decida algún día a publicar los resultados de su trabajo, que si bien fue pródigo en hallazgos felices, careció, por lo que sabemos, de todo aquello que entendemos por rigurosidad metódica y sistemática.

No ha sucedido así con los niveles neolíticos y del bronce y el A. nos informa sobre una rica secuencia estratigráfica que va desde los comienzos del Neolítico hasta el Bronce II tardío. No es posible entrar aquí en discusión de los muchos problemas que se nos plantean con la lectura de todos estos nuevos hallazgos. Por primera vez con un carácter amplio se publican resultados de gran alcance y trascendencia, que vamos a comentar brevemente.

El Neolítico se presenta en la Carigüela estratificado en ocho niveles (del XIV al IX) y que sepamos es por el momento la serie neolítica más amplia que se ha publicado. El A. agrupa dentro de tres fases esta serie de niveles, creando un Neolítico inicial, medio y final.

El Neolítico inicial (niveles XVI y XV) se caracteriza por la cerámica cardial o impresa, con decoración de dientes de lobo, "chevrons", series paralelas inclinadas, meandros. Debe haber penetrado desde el Levante español a través de Alicante y Murcia.

El Neolítico medio (niveles XIV, XIII y XII) presenta como elemento típico la cerámica incisa con decoración de líneas, series paralelas, triángulos, etc.

El Neolítico final (niveles XI, X y IX) nos ofrece como elemento caracterizante la cerámica a la almagra, que apareció ya en el Neolítico medio, pero que "en el Neolítico final abunda y se hace típica".

Después de este Neolítico, en cuya caracterización no podemos ahondar más, se encuentra el estrato del Bronce I con seis niveles (VIII al III), con un idolillo de ca-

liza, cerámicas con decoración de "chevrons" incisos y abundantes cuencos con paredes peraltadas, que recuerdan formas de Almizaraque y de la cultura megalítica y otros materiales, cuyo estudio habrá que tener en cuenta al revisar la propagación del Bronce I por nuestra Península.

Finalmente, un par de niveles (II y I) ofrecen enterramientos en tinaja, cuencos y vasos carenados, tipo Argar.

Quizás lo más interesante sea la división del Neolítico en tres etapas, que impone una discordancia temporal entre el Neolítico inicial de tipo cardial y el Neolítico medio de tipo inciso. El primero llegado desde Levante, el segundo desde la Costa del Sol. Algo de esto apuntábamos nosotros cuando en 1949, en nuestro estudio de la Covacha de Llatas (S. I. P. - T. V. n. 11), señalábamos la presencia de dos facies culturales para el Neolítico inicial de Levante, problema que con posterioridad fue tratado por D. Fletcher y por nosotros mismos sin que se hiciese gran caso de nuestras opiniones. Esperamos que el A. desarrolle ampliamente sus puntos de vista en nuevos trabajos y que mediante ellos tengamos una mejor orientación acerca de los problemas de la introducción de la agricultura en la Península.

F. JORDÁ CERDÁ

ERIK J. HOLMBERG: *The Neolithic Pottery of Mainland Greece*. "Göteborgs Kungl. Vetenskaps —och Vitterhets— Samhälles Handlingar, Sjätte Följden, ser. A, Band 7, n.º 2. Göteborg, 1964, 40 págs., XVI láms. y una en color.

El A., conocido como uno de los estudiosos del mundo preclásico, nos ofrece una breve e interesante discusión acerca de los problemas que el desarrollo de la cerámica neolítica presenta en la Grecia continental, con objeto de fundamentar una división o periodización del Neolítico griego. Tras poner de relieve la confusión actual, debida a la tendencia a bautizar las cerámicas con el nombre de su yacimiento epónimo, Holmberg estima que es precisamente la cerámica la que puede proporcionar una base firme en la que asentar conclusiones en orden a la periodización y a la cronología.

Una etapa precerámica, en la que junto a perduraciones mesolíticas encontramos elementos agrícolas (trigo y arbejos) y animales domesticados (cabra y oveja), da paso a la etapa en la que se encuentra la cerámica más antigua de Grecia (monocroma, incisa, cardial, pintada). Con estos elementos forma Holmberg el *Neolítico antiguo*, que tiene amplia derivación de la región anatólica (Hacilar), siríaca (Mersin) y mesopotámica (Hassuna), aunque para algunos elementos se haya de pensar en una invasión balcánica (cerámica incisa y cardial).

Un segundo momento, el período *Neolítico medio*, demuestra una diferenciación cultural entre la Tesalia y Macedonia y el resto de la Grecia continental (centro y sur) y mientras en aquellas regiones parece dominar la cerámica monocroma roja, pintada en blanco sobre fondo rojo (poco corriente) o en rojo sobre fondo blanco (más popular, en el centro y en el sur nos encontramos con la aparición de una cerámica pintada con un color parduzco, de tipo vidriado (Urfirnis), nacida seguramente a raíz de influencias del Cercano Oriente, la cual parece que se establece en la Beocia, desde donde se extiende por todo el sur, aunque tiene una expansión hacia el norte, en la región del Danubio, contribuyendo a la creación de la cultura de Vinca.

Una tercera etapa, el período *Neolítico final*, se caracteriza por la aparición de tres tipos distintos de cerámica: el negro bruñido, el gris y la pintada mate, a los que hay que añadir la perduración de la Urfirnis, que avanza hacia las regiones norte, apareciendo la cerámica de Otzaki, con espirales y meandros, que parece en relación con cerámicas de bandas húngaras.

De acuerdo con los recientes análisis de C-14 en los yacimientos agrícolas del Cercano Oriente, Anatolia y Chipre, cuyos resultados se cotejan y comparan, el A. propone para el *Neolítico antiguo* el final hacia el 5.000 a. C. El *Neolítico medio* debió de durar desde el 5.000 al 4.200 a. C. y el *Neolítico final* desde esta última fecha hasta el 3.000-2.800 a. C.

Es posible que los resultados a que ha llegado Holmberg sea discutidos y posiblemente no se acepten por aquellos autores que prefieren permanecer aferrados a las viejas denominaciones. Sin embargo, creemos que el esfuerzo es digno de ser tenido **en cuenta**, ya que su empeño ordenador y simplificador resultará en definitiva beneficioso para la investigación de la expansión por la Hélade de las primeras culturas agrícolas, que en gran parte formarán la base sobre la que se sustentará el mundo clásico.

F. JORDÁ CERDÁ

V. R. d'A. DESBOROUGH: *The last Mycenaeans and their successors. An archaeological survey c. 1200 - c. 1000 B.C.* Oxford 1964. Clarendon Press. XVIII + 288 págs., un mapa y XXV láminas fuera de texto.

La finalidad del libro es, en las propias palabras del autor (p. 1) "examinar, y clarificar en la medida de lo posible, las circunstancias del desmoronamiento del poderío micénico, la cuestión de la pervivencia en época posterior de comunidades e ideas micénicas, la medida en que elementos no micénicos hicieron su aparición durante la destrucción general y después de ella, así como las circunstancias en que la Grecia peninsular y las islas del Egeo meridional volvieron a una relativa normalidad".

El autor aborda, pues, un conjunto de delicados problemas históricos, cuyo interés ha ganado en importancia en estos últimos tiempos en que nuestro conocimiento del mundo micénico ha realizado avances sustanciales, y para cuya solución los elementos de juicio arqueológicos no son sino una parte de los datos de esos problemas, aunque sí los básicos, en vista de las inexactitudes y mayor margen de error que hay que conceder al otro tipo de datos de que se dispone, la tradición oral, especialmente en lo referente a la cronología y la interrelación de los fenómenos.

Una parte considerable del libro presenta el material arqueológico al día, comenzando por unas juiciosas consideraciones sobre el valor probativo de los diferentes elementos (la cerámica en el cap. I, pp. 1-28, y los otros restos en el cap. II, pp. 29-72). El material es ofrecido con criterio geográfico (cap. III-IX) y abarca todo lo que, de alguna manera, fue mundo micénico, incluidas Siria, la costa Sur de Asia Menor, Italia y Sicilia. Destaquemos el interés que tienen para el historiador las secciones dedicadas al Valle del Esperqueo, apenas ocupado en época micénica, a Tesalia, en que la penetración micénica fue poco profunda, al éxodo que, después de la catástrofe del final del HR III B (HR = Heládico Reciente), se produce hacia Acaya y la

Costa Este del Atica, fenómeno puesto de manifiesto en la investigación arqueológica más reciente y bien recogido y expuesto por el autor. Al tratar de la isla de Creta, D. evita entrar en el llamado "asunto Palmer", que tan graves dudas ha suscitado acerca de la validez de la estratigrafía de Cnosos de Evans, si bien la cronología ahora propuesta para la destrucción final de Cnosos haría caer ésta de lleno en la época tratada por D.

El autor cree en la validez del método arqueológico para sentar conclusiones básicas (con las cuales trata de armonizar, en segunda instancia, los datos legendarios y lingüísticos) sobre la cultura, la civilización y el modo de vida micénico, con la posibilidad de hacer deducciones sobre estructura social y política e incluso sobre su uniformidad étnica ("racial" es un término usado poco afortunadamente por D.) o sobre la aparición de grupos humanos extraños. Resulta difícil dar idea del grado de finura y matización que logra D. en sus análisis de los diversos datos.

Fundamentalmente, D. está convencido, en vista de la uniformidad de la cultura micénica, de la existencia de una casta dominante estrechamente unida, que reconocía un solo soberano, el de Micenas, y compatible con la existencia de reinos separados pero todos vasallos. El reino *Ahhijawa* de los documentos hititas no es para D. ni la isla de Rodas ni los territorios micénicos en torno a Mileto, sino el propio imperio del rey de Micenas.

Los desastres que la arqueología evidencia para el final del HR III B significaron sin duda el fin de esas estructuras políticas y sociales. Tales destrucciones no pudieron ser producidas ni por uno o más reinos vasallos en lucha con los demás (puesto que la destrucción es general), ni por una invasión que llega por mar (puesto que se registra precisamente una concentración subsiguiente de población en regiones costeras, principalmente Acaya, la costa E. del Atica y, por otra parte, las islas del Egeo no son afectadas; los llamados "pueblos del mar" son objeto de minucioso estudio por parte de D., que los considera un conglomerado de gentes diversas, probablemente aglutinado en el Egeo por griegos micénicos fugitivos después de las destrucciones del final del HR III B), ni por una inmigración de nuevas gentes (puesto que la despoblación general milita contra dicha hipótesis).

La llegada de los dorios, que arqueológicamente se manifiesta principalmente en la aparición de las tumbas de "cista" (cubiertas con una losa), se produce indiscutiblemente al final del HR III C. Entonces se destruye la ciudadela de Yolco de Tesalia, se interrumpe la vida en Micenas, y poco después se produce la reocupación de Laconia, Mesenia y Elide. D. señala cuidadosamente la aparición del protogeométrico, la existencia de confirmación arqueológica para la migración jónica a Asia Menor, la ausencia de tal argumento para la eolia, etc. Las destrucciones del final del HR III B hubieron de ser debidas a ataques de "dorios", no seguidos de inmigración (puesto que sucede un evidente despoblamiento).

Todo esto y mucho más puede leerse en el enjundioso cap. X (pp. 217-257). El tratamiento de los datos dialectales es un tanto sumario y simplista (pp. 244-257), pero hemos de alabar el que D. no se comprometa en identificaciones arqueológicas de términos dialectales, cuya misma justificación lingüística es cuestionable.

El libro de D. es de una admirable riqueza. Por la rigurosa y completa documentación arqueológica, por su sistematización, será un clásico de larga vida en la bibliografía arqueológica. Por sus interpretaciones, historiadores y lingüistas le reconocerán el mérito de haber puesto en claro la enorme complejidad del acontecer humano en los oscuros tiempos del final del mundo micénico: el autor de esta reseña piensa,

por ejemplo, en la probada discontinuidad en la ocupación de ciertos centros de culto y en la población de algunas regiones. Es una saludable advertencia contra la excesiva simplificación de los hechos, pues, aunque la simplicidad es una necesidad de los esquemas mentales, la complejidad suele ser más fiel a lo que es la vida histórica real.

M. S. RUIPÉREZ

D. FERNANDO DE ALMEIDA: *Ruínas de Miróbriga dos Célticos (Santiago do Cacém)*. Edição da Junta Distrital de Setúbal, 1964. VIII+92 páginas, con 89 figuras en fotograbado.

La presente monografía, dedicada a los jóvenes de uno y otro sexo que en los Campos Internacionales de Trabajo de Santiago do Cacém se interesaron por las investigaciones arqueológicas, presenta una primera descripción de las excavaciones, "pouco mais que começadas".

Se trata de las ruínas de "una ciudad de amplio perímetro", próxima a Santiago do Cacém, en el Portugal meridional, que el autor, después de volver a examinar las opiniones de arqueólogos y anticuarios, comenzando con Andrés de Resende, propone identificar con Miróbriga. Una inscripción, descubierta en 1957, y que por primera vez se publica en este libro, parece, con las limitaciones inherentes a su naturaleza de inscripción funeraria, confirmar el nombre: *D. M. S. | C. Porcius Seue | rus Mi-robrigen. | Celt. ann. LX | h. s. e. s. t. t. l.* Hallada esta inscripción a 4 km. de las ruínas, serían estas las de la Miróbriga a cuyos habitantes se refiere Plinio (IV 118) como *Mirobrigenses qui Celtici cognominantur*. "Hasta hoy —dice Almeida, 11— no se han descubierto en este largo trayecto de 150 km. [entre Sagres y Alcácer, los antiguos *Pr. Sacrum* y *Salacia* de la lista de Plinio] ningún otro resto de población romana, sino éstos en las proximidades de Santiago do Cacém".

La identidad de Miróbriga con las ruínas está además, en cierto modo, confirmada por dos nuevos fragmentos de inscripción hallados "en el segundo plano de la colina, en una zona situada en el gran patio, en frente de la mitad poniente de la gran sala" (19). Estos fragmentos (fig. 51 y 55 en las fotografías), en los que respectivamente se leen las palabras ...SMIRO... y MIRB..., y que Almeida atribuye a una misma inscripción opistógrafa en la que tenemos el nombre del emperador Aureliano, no acaban de ser concluyentes por su carácter fragmentario, y por la forma sincopada *Mirb...*

Nos inclinaríamos a suscribir la identificación de estas ruínas con la Miróbriga de los Célticos, siguiendo a Almeida, y a C. Muller en su comentario a Ptolomeo (I p. 134 a), aunque quizá una mayoría de autores hayan pensado que las ruínas de Santiago do Cacém no correspondían a Miróbriga de los Célticos, sino a *Merobriga* (Plinio IV 116) o *Μερίβριγα*¹ de Ptol. II 5, 5. La repetición del nombre, con ligera variante, en Plinio podía hacernos pensar que el enciclopedista no se refiere más que a una Miróbriga, pero que Ptolomeo se refiera explícitamente a *Μερόβριγα* y *Μερίβριγα*, ambas dentro del mismo distrito de los Célticos de Lusitania meridional, nos obliga a reconocer que en Plinio no hay repetición, ni en Ptolomeo error al referirse a dos ciudades de nombre parecido en un mismo territorio. El or-

¹ Variantes: *Μερεβρίγα*, *Μερηβρίγα*

den de Plinio parece que obliga a poner a Merobriga en la costa, ya que la coloca con Olisipo y Salacia, y si en alguna ocasión las coordenadas de Ptolomeo tienen valor, su Meribriga queda en el mismo meridiano (y sólo a 10" al sur) del *Pr. Barbarium*, es decir, hacia Sines, donde Almeida (74) nos informa de que "últimamente têm sido reveladas várias construções romanas junto à praia". Las dos ciudades de nombre semejante, Miróbriga y Merobrica- *Μερίβριγα*, serían respectivamente Santiago do Cacém y Sines. Esperemos que el progreso de las excavaciones de nuestros colegas portugueses permitan un esclarecimiento más completo del enigma planteado.

En realidad las ruinas de Santiago do Cacém ya habían llamado la atención de los estudiosos. Leite de Vasconcelos, Heleno, Cruz e Silva, la Sra. Costa Artur habían explorado las ruinas, estudiado hallazgos e iniciado excavaciones. Ahora Almeida presenta un plano general de la zona arqueológica que se extiende desde la Ermita de San Bras al norte hasta el circo al sur, en una extensión de unos 700 metros. La Ermita, convenientemente restaurada del abandono en que se hallaba, ha sido utilizada como museo provisional, para guardar los restos arqueológicos reunidos. Al sureste de ella tenemos lo que parece acrópolis de la ciudad antigua, con fortificaciones, y los restos de un templo, al parecer con pórticos formando un patio o plaza delante de él. Además hay otro templo, que el autor atribuye a Venus. Dedicatorias a esta diosa, como a Esculapio, al que se atribuye el otro, han sido halladas. Las termas romanas ya eran conocidas. Ahora se ofrecen algunos croquis de detalles, con una planta general, y alguna fotografía, en la que se puede apreciar un capitel de riqueza considerable. Una *villa*, y finalmente la planta de un circo, completan la reseña de los hallazgos hasta ahora logrados. La importancia de este último se mide teniendo en cuenta que en toda Lusitania no había fuera de este más que el circo de Mérida, y uno acreditado por inscripciones en Balsa.

Una serie de inscripciones romanas, que se publican transcritas y en fotografía, y los hallazgos de monedas, completan esta monografía, cuya publicación merece plácemes.

A. TOVAR

EMILIANO AGUIRRE: *Las Gándaras de Budiño, Porriño (Pontevedra)*. "Excavaciones Arqueológicas en España", 31. Dirección General de Bellas Artes. Madrid, 1964. 28 págs., XII láms., 14 figs. y 1 cuadro inventario.

En otro lugar de esta revista comentamos la falta de compenetración entre naturalistas y prehistoriadores españoles, falta debida fundamentalmente a la carencia de un centro común en el que ambos grupos de investigadores pudiesen realizar una labor conjunta respecto a problemas prehistóricos. La memoria que comentamos es un caso típico de esta falta de compenetración. El P. Aguirre a quien conocíamos como buen paleontólogo, especializado en mamíferos cuaternarios, se ha lanzado a realizar un trabajo —el estudio de un conjunto lítico del Paleolítico Inferior— para el cual no estaba preparado, como el mismo reconoce. Sin embargo, hemos de reconocer que la excavación del yacimiento se ha realizado con cierta corrección y su resultado ha sido una magnífica cartografía de los hallazgos en sus distintas secciones. La fotografía de los materiales líticos deja mucho que desear y hubiera sido mejor que se hubieran acompañado de buenos dibujos.

El yacimiento se encuentra sobre una terraza de 23 m., que K. W. Butzer ha datado "como Würm I local" (fase temprana) y los hallazgos "comprenden una rica tipología, muy variada, desde tipos muy primitivos y técnicas Clacton, que dominan, asociados a formas *acheulenses* medias y tardías de hachas de mano, hasta lascas y puntas preparadas y tipos claramente de aire *musteriense* o protoasturiense". Todo este material para el que el A. señala parentescos con las culturas "clactonienses", los hombres de Rabat y Casablanca, así como con el Asturiense, Toledo, Puente Mocho y todo el Paleolítico portugués, ha de ser estudiado más a fondo y con mayor sentido histórico-cultural. Así, por ejemplo, en la sucesión que el autor propone de: 1) *Mindel-Riss*: Pinedo, 2) *Riss*: Puente Mocho, Córdoba, 3) *Riss-Würm*: High Lodge, 4) *Würm* (primera fase): Las Gándaras de Budiño; Penical (Asturias), creemos que es difícil sostener la contemporaneidad de estos dos últimos yacimientos, por la sencilla razón de que la cronología del Asturiense (Penical) está en entredicho y además que entre los materiales de Budiño no existe ningún elemento claro asimilable a los "picos asturienses".

Convendría corregir el pequeño error de atribuir al Würm (primera fase) las industrias de Budiño y luego hablar de "el interstadial 1/2 de Budiño (última glaciación)", durante el cual serían depositadas las industrias.

Esperemos que el A., que al parecer se ha lanzado a la investigación cultural del Paleolítico inferior, nos ofrezca nuevos estudios sobre esta interesante etapa tan descuidada por nuestros estudiosos. Pero esperemos también que se vayan imponiendo las nuevas tendencias arqueológicas del trabajo en equipo, con su corolario de buenos especialistas para cada aspecto de la excavación.

F. J. C.

Història del país Valencià. Vol. I. MIQUEL TARRADELL, *Prehistòria i Antiguitat*; MANUEL SANCHIS I GUARNER, *Epoca musulmana*. Prólogo de J. E. Martínez Ferrando. Barcelona, 1965. 376 págs. 65 láms. y numerosos dibujos y mapas intercalados en el texto.

Se trata de un loable intento hace tiempo deseado y propugnado y que al fin se ha plasmado en una efectiva realidad. Libro de lectura nutrida y agradable, con destino al gran público, sin duda, pero que por la densidad de datos, el planteamiento de los problemas y la serie de sugerencias que por todas partes surgen, hace que sea también un libro útil para el especialista.

No podemos detenernos en comentar cada una de las partes del libro, pero capítulos tales como el dedicado a la cultura ibérica o a la romanización (Tarradell), o el del Cid en Valencia (Sanchis Guarnier) ofrecen un indudable interés dentro de su tendencia a la síntesis, que en algunos casos (lo ibérico) nos parece excesiva.

Ambas partes van acompañadas de una amplia bibliografía en la que se recogen las más modernas aportaciones sobre los problemas tratados. Hemos de felicitar a los autores por tan interesante trabajo, ya que las obras de síntesis de carácter regional son escasas en nuestro país.

F. J. C.

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Excavaciones en la terraza de "El Khiam" (Jordania). I. Estudio del yacimiento y los niveles paleolíticos*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. V. Madrid, 1964, 164 págs., VI láms. y 58 figs., más varios gráficos.

Vaya por delante que la presente obra es una aportación eficaz a la Prehistoria del Mediterráneo oriental. Una, además, de nuestras primeras aportaciones realizada con dignidad, método y sistema. El A. puede estar satisfecho de lo que ha llevado a cabo y nosotros lo estamos también de poder felicitarle, esperando que continúen estas aportaciones que repercutirán, a no dudar, en beneficio de nuestra ciencia.

Tras un sencillo prólogo en donde se ponen de relieve los problemas fundamentales de esta excavación y del yacimiento del Khiam, el autor no expone la situación del mismo, dentro del Desierto de Judá, al final del Wadi Khareintum, describiéndonos sus particularidades. Pasa revista después a las excavaciones realizadas desde su descubrimiento por Neuville en 1933.

Los estratos paleolíticos ofrecen siete niveles que se integran dentro de cuatro fases culturales: Auriñacense primitivo (tres niveles), Auriñacense medio (dos), Auriñacense reciente (uno) y Atlitense (uno).

El A. pone de relieve la continuidad cultural que se observa a través de las diversas culturas que integran el yacimiento, lo cual es buena prueba de que el pretendido nomadismo prehistórico no existió en la realidad. Durante siglos, la horda paleolítica vivió en la misma cueva y en ella podemos observar los cambios culturales que a través de esos siglos se operan. Otro problema interesante es el de presencia desde el Auriñacense primitivo de los elementos microlíticos, dato interesante, ya que más tarde repercutirá esta tendencia microlítica en el Mediterráneo occidental, dando lugar a la aparición de una serie de culturas microlíticas todavía mal estudiadas y peor conocidas.

También ofrece gran interés la presencia de microburiles, que aparecen en el Atlitense, que parece sincrónico, poco más o menos, del Magdalenense II francés. Si tenemos en cuenta, como el autor señala, la presencia temprana de los microburiles en los niveles sólutrenses del Parpalló (Valencia) convendremos que en la formación del microlitismo del Mediterráneo occidental debieron de actuar factores propios y autóctonos, además de los posibles estímulos orientales. Pero éste es asunto que se sale del comentario de esta interesante memoria, ilustrada con una abundancia de dibujos desusada en nuestras publicaciones.

Esperamos con impaciencia la publicación de los niveles mesolíticos y neolíticos del Khiam con verdadera impaciencia y nos gustaría que el A. acoplase una bibliografía más numerosa, que diese una mayor solidez a sus interesantes conclusiones.

F. J. C.

P. J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. A. GARCÍA GUINEA, A. BEGINES RAMÍREZ y B. MADARIAGA DE LA CAMPA: *Cueva de la Chora (Santander)*, en "Excavaciones Arqueológicas en España", 26. Dirección General de Bellas Artes. Madrid, 1963. 30 págs., VII láms. y 24 figs.

Excelente memoria sobre los materiales del Magdalenense superior final cantábrico, los cuales se describen y estudian estadísticamente dentro de una lista de 29 tipos, adaptada "al tipo de material concreto de La Chora". En apéndice, el Sr. Madariaga

estudia la fauna terrestre y marítima de la cueva, haciendo interesantes sugerencias acerca de la alimentación de los hombres paleolíticos.

Los AA. proponen la secuencia siguiente para el fin del Magdalenense: *Magdalenense V*. Arpones de una hilera de dientes, con protuberancia u orificio. Gran profusión de raspadores y buriles sobre hojas: *Magdalenense VIa*. Arpones cilíndricos de una y dos hileras de dientes. Raspadores disquitos: *Magdalenense VIb*. Arpones semiaplanados de transición al Azilense. Parece que solamente la cueva de Lumentxa (Vizcaya) se observa una clara sucesión del Magdalenense V al VIa, pero no existe —salvo en los niveles excavados y no publicados del Pendo— una sucesión estratigráfica que asegure la correlación temporal Magdalenense VIa y VIb. Nosotros publicamos hace algunos años el Magdalenense de la cueva de Bricia (Asturias) y señalábamos la posible existencia de elementos entre el Magdalenense V y el VIa. En esa publicación (Bol. I. de E. A., págs. 3 ss.) planteábamos la diferenciación entre las dos fases VIa y VIb, la primera con los dientes de los arpones en uña, la segunda, con angulosidad acusada en la base del diente y una tendencia al aplanamiento, preludeo del arpón azilense. Creo que estas distinciones podían completar a la de los AA., quedando así mejor definidas las dos fases del Magdalenense superior final de la región cantábrica.

Uno de los problemas que tiene planteada esta fase final es el de si sus dos fases se suceden en el tiempo, o se dieron con absoluta independencia temporal, aunque en algún yacimiento se puedan rastrear atisbos de sucesión o coincidencia de tipos comunes a ambas fases. Hay que tener en cuenta todas estas posibles diferencias al hacer la sistemática de todos estos materiales, que a "grosso modo" los AA. han realizado, corrigiendo y mejorando una primera sistematización expuesta por nosotros hace años.

Sobre la posibilidad de que los tipos de La Chora sean más evolucionados que los del Magdalenense VI francés, ya que según la estadística lítica no ofrece semejanzas más que con el abrigo de Villepín, vienen a demostrar la necesidad de emplear una terminología propia para la región cantábrica, que hace años propusimos, pero que parece que no se acepta y se sigue aferrado a la división francesa de muy escasa eficacia para comprender los fenómenos culturales de nuestra península y de la región cantábrica. Mientras creamos que la Prehistoria es solamente tipología distribuida en el tiempo y no tratemos de ver en ella a los comienzos de la Ciencia Histórica e interpretemos los documentos prehistóricos, como documentos humanos, nos encontraremos con estas inadecuaciones estratigráficas. Históricamente entre la etapa carolingia francesa y la monarquía asturiana hay relaciones evidente de tiempo, cultura, arte, sociedad, etc., pero en ningún modo se nos ocurre denominar monarquía carolingia a la monarquía asturiana. ¿Por qué no hemos de obrar del mismo modo en el estudio y sistematización de las etapas prehistóricas?

Para terminar nos gustaría felicitar a los autores por la labor realizada al frente del Seminario de Prehistoria y Arqueología "Sautuola" de la Diputación de Santander por la labor que vienen desarrollando, óptima en resultados hasta el presente, y que deseamos continúen con el mismo ritmo que hasta ahora y con la misma eficacia científica.

F. J. C.